

## CAMPAMENTO DE CONEJO.

Nafragio del bergantín goleta español "El Pablito."—Auxilio que dan los republicanos á su tripulación.—Salvamento de la carga y dineros.—Desinterés y moralidad de la tropa.—Rasgo de honradez y patriotismo de un soldado del batallón Ortega.—Despedida de los náufragos.—El Cónsul General de España.

### I

EN las primeras horas de la mañana del 5 de Febrero de 1863, cuando aún no se disipaban del todo las últimas sombras de la noche, un pequeño grupo de ginetes descendía, cauteloso y vigilante, las arenosas y poco elevadas colinas que sirven como de contrafuerte á la montaña que enhiesta, boscosa y arrogante, encauza por un lado las aguas del majestuoso Papaloápam, en tanto que por el otro ve con altanera indiferencia los furios del mar, que apenas llega á besarle humildemente la falda en lo más terrible de su furia.

Aún se oía á lo lejos el ronco mugir de las olas, ya bastante sosegadas después de cerca de cuarenta y ocho horas de batallar encrespadas y rugientes llevando las algas marinas y la impura espuma á la playa de "los Chivos" y "los Fierros," embravecidas y azotadas por el huracán que se desatara durante la media noche de dos días antes, y apenas luchando con las gruesas nubes que todavía se corrían veloces de Sur á Norte, se adivinaba á intervalos, amarillento y sin calor, un sol de invierno que presagiaba, sin embargo, alzarse potente

y radiante sobre el zenit, para devolver á los hombres y á las plantas la energía que habían perdido agobiados por los embates de Aquilón.

El pequeño grupo llegó hasta la planicie que precede á la playa; y después de un corto examen que sobre el arenoso piso practicó el que parecía ser jefe, dijo, volviéndose al que tenía á su derecha:

—¡Nada, Comandante! Mucho me temo que el parte rendido por nuestras avanzadas no sea sino *un error de vista* del último centinela. Ni una huella, ni nada que se le parezca, —agregó después de un segundo examen.

—No sería extraño, sin embargo,—contestó el titulado Comandante—que el terrible norte que nos ha fastidiado en el Campamento haya arrojado á esta costa, de suyo peligrosa, algún buque de guerra ó mercante, que no habiendo podido correr el temporal lo hayan arrebatado las corrientes.

—Avancemos pues,—prosiguió el primero—para cumplir las órdenes del Coronel.

Como se habrá comprendido, aquel grupo era de soldados y oficiales que hacían un servicio extraordinario.

Continuó avanzando á lo largo de la costa, si bien en otro orden: seis hombres se pusieron á la descubierta, cubriendo desde la orilla del mar hasta la falda de la montaña: dos que portaban insignias de oficiales subalternos ganaron la altura, y los dos que habían emitido su opinión permanecieron á retaguardia: los dragones llevaban la carabina en guardia, y los oficiales practicaban el reconocimiento pistola en mano. Sólo los que parecían jefes se pasaban alternativamente un excelente anteojo de campaña con el que á cada paso procuraban interrogar al horizonte.

Diremos que este grupo había bajado de "Conejo" y que procedía á un reconocimiento en virtud del parte que habían rendido las avanzadas á la hora del relevo, participando que había un buque sospechoso á la vista, á lo lejos sobre la costa.

El aviso no era de despreciarse, puesto que Alvarado estaba

ocupado por los franceses y que en sus aguas permanecían de estación "La Tempette" y "La Foudre," y además un bote-correo. Nada tenía de particular que hubieran intentado explorar el nuevo campamento de los republicanos, y menos aún que el huracán los hubiera sorprendido durante su operación; y en todo caso era un deber salvar á los que sobrevivieran al siniestro, y un derecho indiscutible, dadas las circunstancias, aprovecharse de los elementos de guerra que pudieran recogerse.

Diez minutos después de proseguida la marcha todos pudieron notar unas huellas de calzado claveteado, perfectamente impresas en la fina y húmeda arena: huellas que por su posición indicaban la marcha retrospectiva de varios hombres que hubieran hecho una expedición hasta las inmediaciones de la planicie que precedía á la subida al campamento. El oficial de mayor edad que había permanecido á retaguardia, y que fué interpelado por su compañero, hizo alto, desmontó tranquilamente, y después de un atento examen:

—Son marineros ó gente de mar,—dijo con acento de entera convicción—los que han pasado por aquí; y esta línea que se nota á la izquierda, lo mismo puede haber sido rayada con una vara delgada que con la contera de una espada.

—Pues adelante y pasemos al frente, Comandante,—agregó el de menos edad.

Y diciendo y haciendo, tomaron su nuevo puesto al que ingresaron los dos subalternos, después de cerciorarse de que ningún peligro existía en la montaña.

## II

—¡Buque á la vista, sobre la costa!—exclamó repentinamente el Comandante Zamudio, después de haber consultado el horizonte por vigésima vez con el anteojo.—Aún no es visible para todos, pero dentro de breves minutos podremos verlo sin necesidad de los gemelos.

—¡Al trote largo!—ordenó el Capitán, quien en realidad, y por desempeñar las funciones de Ayudante de Estado Mayor, era el Jefe de la expedición.—¡Zamora, Llanos!—continuó, designando á los dos subalternos,—¡á escape hasta descubrir bien el buque, y regrese uno para dar aviso de lo que haya!

Los interpelados sacaron sus caballos al galope, y bien pronto se perdieron de vista entre las sinuosidades del terreno que escogieron para mejor cumplir su comisión.

En efecto, veinte minutos después todos los expedicionarios pudieron ver clara y distintamente un buque, al parecer anclado á tres millas de distancia, demasiado próximo á la playa. A medida que avanzaban pudieron distinguir que no se veía una vela siquiera en sus palos y jarcias: que no se notaba el más ligero balanceo sobre sus costados, permaneciendo inmóvil, destrozado el cordaje que flotaba al impulso que le imprimía el *terral* que se levantaba, y que su aspecto era lúgubre y siniestro. Creeríasele abandonado.

—No es de guerra:—aseguró el Comandante, quien efectivamente era un marino muy práctico y experimentado—es mercante; y aunque la arboladura, muy tendida á popa, acusa construcción americana, ó mucho me engaño ó es de la matrícula española. Ya lo veremos,—agregó por vía de apéndice á la ligera apreciación que había hecho.

El Teniente Llanos regresaba á toda brida, y cuando calculó que podía ser oído gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Son náufragos, y se han puesto de rodillas al vernos!

El Comandante, para probar que era legítimo marino, lanzó una interjección azás enérgica, pero que por más que expresara una idea completa, nos abstenemos del gusto de estamparla aquí: las palabras del Teniente Llanos la habían provocado, en un momento de justa indignación.

—¡Eso, eso es lo que debemos á los traidores que nos han vendido, trayéndonos la Intervención!—murmuró con desa-

brido acento, y gesto del más soberano desprecio. Esos desgraciados, al ver á nuestros oficiales han recordado sin duda la creencia que generalmente hay en el extranjero, de que el ejército republicano se compone de foragidos.....

Y la interjección de marras volvió á brotar de sus convulsos labios, pura y brillante, y hasta armoniosa.

—¡Pie á tierra, muchachos, y la carabina á la bandolera!

Y dando el primero el ejemplo, el Capitán que había dado esta orden, puso su revólver en el carcax, y saltó ligeramente de su cabalgadura, tomándola en seguida de la brida. Los demás lo imitaron, y todos siguieron al Teniente Llanos, que los guiaba al lugar del siniestro.

A media hora de distancia pudieron presenciar un espectáculo triste y conmovedor en la forma, pero insultante en el fondo.

Diez hombres, puestos de hinojos sobre la húmeda y fría arena, con los brazos abiertos como demandando misericordia, no osaban hablar siquiera; pero la palidez de sus demacrados rostros y el extravío que se notaba en sus miradas, demostraban claramente que aquellos infelices estaban poseídos por el terror y el espanto.

El Capitán y el Comandante se acercaron á ellos, abandonando sus cabalgaduras, los levantaron y estrecharon entre sus brazos para infundirles confianza, dirigiendo á todos palabras afectuosas; y aquellos desgraciados, cobrando ánimo, derramaron lágrimas de agradecimiento, pudiendo apenas, uno de ellos, murmurar estas terribles palabras con voz desfallecida:

—¡Somos españoles que hemos naufragado en esta costa, y hace dos días que apenas nos alimentamos con los mariscos que arroja la marea! ¡Tenemos hambre!

—¡Capitán Zamora!—rugió el Comandante, lanzando otra interjección, neta de la matrícula española, al escuchar las palabras del naufrago:—¡Pronto! ¡Dos hombres que *tiren* una res de las cimarronas que hay en la montaña!

El Capitán Zamora se puso de un salto sobre su caballo, perdiéndose en seguida entre aquella arboleda virgen: una detonación de arma de fuego indicó casi al momento que pronto aquellos desdichados saciarían el hambre que los devoraba.

Cuando el Jefe de la expedición iba á interrogar al que parecía Capitán del buque, se presentó el Coronel Comandante de la línea militar de Sotavento, acompañado de cien infantes y cuarenta caballos, quien había salido del campamento y seguido á distancia á la sección exploradora. Informósele de lo que acontecía, y luego se bajó de su caballo, restableciendo la confianza con sus palabras benévolas y cariñosas, entre aquellos hombres que media hora antes creían llegado el fin de sus días.

La fuerza formó en batalla, dispuesta á la primera orden para prestar sus servicios de salvamento; y mientras el Comandante Zamudio dictaba sus medidas para abordar el buque encallado, el más joven de los naufragos comenzó la siguiente relación.

### III

—“Somos españoles, de la marina mercante: mi nombre es Pablo Pig, y ese buque allí encallado y casi destruído, lleva mi propio nombre.<sup>1</sup> Debido á la bondad de mis armadores, y como una de las muchas pruebas de cariño con que me han distinguido, desde que se puso la quilla en el astillero fué bautizado con el nombre de “El Pablito.” Fuerte, velero, con magníficas condiciones marineras, parecía dispuesto á afrontar y resistir las más terribles tormentas del mar, y en el primer viaje, llevado á feliz término desde San Sebastián á la Habana, y desde aquí hasta Frontera, en el mar, era una exhalación; en el río, las aves marítimas hacían más ruido

<sup>1</sup> El transcurso de los años habrá hecho que olvide algunos detalles; pero en esencia este relato puede considerarse como textual.

sobre sus aguas que la quilla del "Pablito," deslizándose arrogante, pero tranquilo, sin alterarlas apenas."

Hizó alto el joven marino, porque su voz parecía ahogarse en la garganta al evocar tales recuerdos. Luego continuó:

—“Ni las costas cantábricas, con todos sus peligros, ni el Golfo de México con todas sus asechanzas, me infundieron jamás el más leve temor; y á mi regreso á la madre patria todos fueron plácemes y felicitaciones; todo contento y alegría. En el puerto, los armadores me estrecharon entre sus brazos; en el hogar paterno, las caricias y las lágrimas de mis padres, á través de las cuales se adivinaba una mirada de orgullo, fueron mi mejor recompensa.”

—“Permítame vd., señor Coronel,—se interrumpió el joven—que me haya divagado del asunto principal; pero en estos momentos en que miles de leguas me separan de España, y que me encuentro desgraciado, abatido y rodeado de compañeros de infortunio también, ayer mis subordinados, hoy mis amigos, pero entre gente de mi propia raza que, como nosotros, habla el mismo idioma, y que como nosotros también, tienen un corazón noble y generoso que comprende y consuela la desgracia, me explaye y dé vuelo á los tiernos recuerdos que afluyen á mi memoria, y me enorgullezca en medio de mi desgracia, al expresar que no tengo palabras para patentizar mi gratitud á hombres vilmente calumniados en España y en Europa toda.”

Después de este arranque de espontáneo agradecimiento que todos sus compañeros acogieron con muestras de respeto y atención, prosiguió con voz más tranquila:

—“En tanto que mis armadores se ocupaban de preparar una segunda expedición directa á puertos mexicanos, conduje al altar á la que había jurado amor eterno y nuestra próxima unión, si los furiosos del Océano me permitían volver para realizar tan grato deseo. Me casé, pero mi luna de miel vino á quedar eclipsada por el cumplimiento del deber. A los quin-

ce días abandoné padres y esposa, hogar y ciudad natal: y dos días después, á impulsos de una suave brisa, con todo el velamen desplegado, la gente sobre cubierta, el cuarto del timón en su puesto, y el piloto y yo sobre la mura, mientras él vigilaba la maniobra y yo hacía mi última despedida á aquellos seres queridos, que agitaban sus pañuelos sobre el muelle, el "Pablito" salía del puerto por entre las numerosas embarcaciones que en él estaban, arrogante y majestuoso, dejando tras de sí luminosa estela, de la que parecían brotar miriadas de brillantes, cuando el sol hería la blanca espuma que la bordaba. Luego, aquel panorama se fué desvaneciendo, hasta que el "Pablito" lo perdió de vista completamente, quedando solo, como un punto perdido en la inmensidad del espacio, entregado á los hombres y á Dios. Cielo y agua: hé aquí lo que los tripulantes podían contemplar: el éter y el abismo.”

—“Viaje feliz, señor Coronel,—prosiguió el naufrago, después de haberse exhalado de su pecho un doloroso suspiro;—el buque, durante esa larga travesía, dió nuevas pruebas de sus excelentes cualidades marineras, y después de haber tocado en las Antillas, hice rumbo á Tabasco, á donde llegué tan contento como puede estarlo un marino que apenas hacía dos meses se había casado. De Frontera debía regresar por el mismo derrotero: los consignatarios cargaron el buque con palo de tinte, añil, cueros de res al pelo y otras mercancías y productos indígenas, más sesenta mil pesos fuertes en plata y dos mil en onzas de oro, pertenecientes á este infeliz pasajero,—y señaló á un hombre que yacía sentado sobre un pequeño risco, y al lado del cual había otro que le servía de criado—un ciego que pasaba á la Habana para hacerse la operación en la vista. Salimos, pero Dios y el huracán dispusieron las cosas de otra manera: veinticuatro horas después ya en alta mar, el barómetro comenzó á hacer indicaciones bastante alarmantes: mi segundo participó de los temores que empecé á abrigar, y á fin de no ser sorprendidos por la borrasca que se anunciaba, tomamos todas las precauciones que

la ciencia náutica aconsejaba. La tormenta no se hizo esperar: un viento huracanado sobrevino poco después, engrosando las olas de una manera horrorosa: fuertes chubascos que se desplomaban sobre cubierta aumentaban con su contingente de agua límpida y transparente, la espumante y turbia que los golpes de mar nos embarcaban pasando de una á otra banda por sobre la obra muerta; y no habiendo podido ganar la sonda de Campeche, me ví obligado á hacer rumbo á Veracruz, impulsado por el mismo huracán, llegando con mil esfuerzos, sin timón, y con alguna avería de poca consideración en la jarcia y velamen, á Antón Lizardo. Al abrigo de aquella ensenada me repuse hasta donde fué posible, poniendo el timón de respeto; y cuando el viento hubo calmado, al impulso de un brisote de buen agüero, me lancé de nuevo al mar. El día se pasó bastante bien, y la tendencia del barómetro á subir, nos hizo concebir la esperanza, bien fundada, de que si repetía el huracán estaríamos bastante lejos y en buenas condiciones para correr el temporal. No fué así: al obscurecer negros nubarrones que corrían del N. O al S. O., con una velocidad espantosa, nos pusieron en guardia: á la media noche el huracán era deshecho; el bergantín no obedecía bien porque era imposible contrarrestar el furor del oleaje: la caña del nuevo timón se había roto, y aunque la sustituí con un espeque, el resultado era deficiente. Al amanecer, espeque y timón habían desaparecido: hice cargar el poco trapo que llevaba en el trinquete, y desde ese momento corrimos á palo seco. "El Pablito," tan altivo y tan valiente, era una cáscara de nuez con la cual jugaba el enfurecido elemento; y la voz del contra maestre ¡agua en la bodega! acabó de hacer más angustiosa nuestra situación. Por fortuna la gente no se desmoralizó, y pude ordenar el servicio de las bombas sin distinción de categorías; y los que dejaban tan ruda faena para descansar, pasaban sobre cubierta para atender á la poca maniobra del buque. La tarea fué ruda, y el agua, aunque lentamente, subía: no era posible reconocer la

vía, pero debía ser grande: no piqué el mayor porque era tan inútil como peligroso, ni hice aligerar el buque arrojando al agua el cargamento, porque la clase de estiva no lo permitía, sin exponernos á que el buque se hiciera pedazos por los costados, tan luego como faltó de aquella consistencia, la misma carga chocara contra la tablazón."

El silencio siguió á estas últimas palabras. La tripulación, rodeada del Capitán, estaba pendiente de sus labios, y con movimientos de cabeza confirmaba el relato. Luego continuó:

—Así pasamos el resto del día, entre la vida y la muerte: momento hubo en que, desesperando de toda salvación, tuvimos la idea de abandonarnos á nuestra infortunada suerte; estábamos desfallecidos por falta de alimentos, y rendidos de fatiga por la rudeza del trabajo, cuando llegó la noche, noche tenebrosa y horrible que no esperábamos ver concluir. Repentinamente, y en medio del ímpetu vertiginoso con que el "Pablito" corría, arrastrado por las corrientes, pues el viento había aminorado bastante, un golpe de mar, más violento que los anteriores, le dió un empuje vigoroso de costado á babor, haciéndolo casi zozobrar: sin embargo, resistió, y enderezándose violentamente prosiguió su marcha unos cuantos segundos más, que nos parecieron siglos, y al fin un violento choque, precedido y seguido de un crujido espantoso, nos hizo comprender que habíamos encallado: súbitamente una inmovilidad casi completa sucedió á aquella marcha impetuosa. La situación quedó resuelta: estábamos perdidos, y perdidos sin poder saber dónde nos encontrábamos.

Poco antes de amanecer el mar estaba bastante tranquilo, y con mil esfuerzos, con mil trabajos pudimos ganar la tierra: las dos canoas del buque se habían estrellado contra sus costados, y sólo por medio de un cable asegurado al cabrestante pudimos pasar uno á uno. Luego hicimos una exploración, y las primeras luces de la mañana nos dejaron ver esta playa bravía y desierta: tuvimos miedo, y retrocedimos, se-